

**P. Gavrilyuk, *El sufrimiento del Dios impasible*, Sígueme, Salamanca 2012, 284 pp.**

Recensión de Francisco García Martínez  
en *Salmanticensis* 59 (2012) 159-162

Nos encontramos ante una típica obra de controversia. Esta característica define su objetivo y orienta el desarrollo y la forma de argumentación del autor. La lógica de la exposición y la estructura narrativa que de ella deriva está francamente bien construida, siguiéndose la argumentación del autor perfectamente y quedando claros cuáles son los argumentos de sus contrincantes y los déficits que los habitan.

La obra pretende «desmontar la teoría de la caída de la teología en la filosofía helenística» (175) que, según el autor, se ha convertido en un tópico de análisis del pensamiento patrístico sobre el tema y que ha condicionado la forma de afrontar el pensamiento sobre Dios del último siglo, sobre todo a partir de Harnack. En concreto, se afronta en el libro el tema de la pasibilidad o impasibilidad de Dios como capacidad de ser afectado por el mundo y de intervenir en él (el apéndice donde recoge múltiples afirmaciones de autores que se mueven en esta interpretación es significativo). Para ello se hace un análisis de las ideas filosóficas que circulaban en los primeros siglos del pensamiento teológico cristiano y de las controversias de los Padres con los movimientos que se percibieron finalmente como heterodoxos en el seno de la Iglesia.

La introducción aparece como una síntesis contextual del problema en la que se presentan las características de la tesis que se rechaza y la problematicidad de un planteamiento que desde ella hiciera una opción por negar la impasibilidad en Dios, tal y como el pensamiento teológico de los Padres la utilizó.

El último capítulo, añadido para la edición castellana y proveniente de un congreso sobre el tema de la impasibilidad divina y su relación con el misterio del sufrimiento humano, puede ser leído como un prólogo-síntesis de las afirmaciones centrales del autor, de su argumentación y de su propuesta, lo que él llama la cristología paradójica del «impasible que sufre».

La argumentación primera y central en su ataque a la teoría de la caída de la teología en el helenismo en este tema es doble. En primer lugar se afirma que no existe un helenismo monolítico, sino una pluralidad de planteamientos sobre la presencia en Dios de las pasiones.

Por otra parte, frente a la contraposición entre impassibilidad divina del Dios de la filosofía y la pasión del Dios bíblico que sostienen los autores criticados, el autor remite a la imposibilidad de reducir este Dios bíblico a un Dios definido por las pasiones obviando su absoluta transcendencia y santidad frente al mundo que afirma el mismo texto bíblico. Esto supone que es necesario matizar las afirmaciones, en primer lugar no identificando impassibilidad con apatía o falta de preocupación por el mundo, algo que no hicieron los Padres, que afirmaban mayoritariamente estas dos características simultáneamente. En sus análisis el autor se remite de continuo a textos concretos para fundar sus afirmaciones y termina mostrando como la impassibilidad en los primeros Padres no es sino un «cualificador apofático de las pasiones divinas», una defensa contra una antropomorfización demasiado vulgar constatable en la mitología helénica.

El autor dedica el grueso del estudio a las controversias surgidas en el seno de la Iglesia sobre este problema en tres momentos de discusión eclesial que hicieron profundizar y matizar las afirmaciones eclesiales hasta llevarlas a lo que el autor cree que es una síntesis paradójica (la actuación/sufrimiento divino *en* la carne), cuya tensión no se debe romper so pena de desvirtuar el verdadero evangelio.

Estos tres momentos de discusión son las controversias en torno al docetismo, al arrianismo y finalmente al nestorianismo. En un análisis matizado de las discusiones y remitiendo a textos significativos en la controversia de los distintos participantes, Gavriilyuk muestra que estos planteamientos fracasan en la descripción «metafísica» de lo sucedido en el acontecimiento Cristo. Y que frente a ellos es una cristología del «imposible que sufre», que puede percibirse igualmente en la *lex orandi* eclesial, la única que protege el misterio aunque no termine de explicarlo, por ser precisamente esto, el misterio de gracia por excelencia.

Es de valorar en el libro los matices con los que afronta la explicación de las discusiones y que evidencian que las afirmaciones sobre la helenización del cristianismo y sobre las afirmaciones sobre la impassibilidad de Dios se realizan desde una perspectiva de los afectos psicológicos y no metafísica, que es como la que utilizaron los Padres. La tesis criticada es pues, según el autor, en un amplio sector de la teología fruto de prejuicios y lecturas sesgadas del pensamiento de los Padres.

Quizá haya que decir que el autor, que se niega a aceptar que la ambigüedad de un concepto (en este caso el de impassibilidad), aun cuando haya generado comprensiones erróneas, es motivo suficiente para eliminarlo, debería, a nuestro parecer, mostrarse más comprensivo con la ambigüedad de las propuestas de las teologías *teopajistas* actuales, en concreto no debería identificarlas abiertamente, como parece hacer, con teologías del

sufrimiento *eterno* de Dios. Y esto desde su misma perspectiva, porque los desarrollos teológicos, según muestra él mismo, no provienen sólo de una confrontación a-histórica con la idea de la impasibilidad divina, sino con la provocación de la misma historia y su lectura contextual de los conceptos. En este sentido la afirmación del autor de que sólo un Dios impasible (es decir, inmune al mal y a la decadencia de la finitud) puede salvarnos y de que esto puede configurar una teología que integre el sufrimiento de Dios *en* lo humano, o «en lo otro» (diría Rahner, sorprendentemente nunca citado), quizá pueda decirse igualmente en sentido contrario, es decir, que solo un Dios que sufre, sin dejar de ser precisamente Dios, puede salvarnos (Bonhöffer, por cierto, igualmente ignorado), sin que esto signifique una exaltación masoquista del sufrimiento y su eternificación. ¿Por qué solo es posible sostener la paradoja a partir de uno de sus polos semánticos? El autor creemos que se excede olvidando lo que para él es una idea guía, a saber, que hay que mirar hacia donde apuntan las palabras y no quedarse atrapados en su semántica. En cualquier caso, se trata de una teología de controversia en la que quizá se hace inevitable de hecho la reducción del otro.

Terminamos recomendando vivamente la lectura del texto que es un magnífico ejemplo no solo de teología de controversia, sino de didáctica narrativa.

Francisco García Martínez